

CAPÍTULO DÉCIMO: EL COLEGIO VUELVE A LA PATRIA. 1936-1948

FUENTES: Manuscritas: Archivo de la Provincia de León. Cartas Annuas del Colegio de San José. Historia Domus del Colegio de San José. Archivo de la Provincia de Castilla. Diversas cartas. Archivo del Colegio de San José. Escrituras Notariales.

Impresas: Catálogos S. J. de la Provincia de León. Catálogo de los alumnos del Colegio de San José: Noticias de la Provincia de León, Revista «Vallisoletana». E. VELASCO: Historia del Colegio de San José. Valladolid, 1956. MAXIMINO GARCÍA: Asociación de Antiguos Alumnos del Colegio de San José. Santander, 1975.

La vida del Colegio se desenvuelve en esta época íntimamente ligada a los vaivenes de nuestra nación. La República anticlerical obligó a exiliarse al Colegio de San José. Durante cuatro años y medio sobrevivió cómoda mente en el amable destierro de la nación hermana. Cuando sonaron los clarines bélicos y España se rompió en dos mitades, la España tradicional volvió a acoger en su seno al Colegio, que se apresuró a ocupar su vieja casa solariega.

Hay una figura providencial en todos estos graves acontecimientos del Colegio: el Padre Antonio Fernández Cid. Prefecto del Colegio en 1932, a él confió el rector, Padre Antonio Encinas, el desagradable cometido de hacer entrega del Colegio a las autoridades civiles de la República que lo habían secuestrado e incautado. El alentó la idea de marchar a Portugal y en una segunda etapa a trasladarse a Curía. El se atrevió a primeros de octubre de 1932 a organizar un tren especial que partiendo de Valladolid llevara sin transbordos hasta Curía a los cientos de alumnos que querían seguir a los jesuitas en el destierro.

El fue quien a mediados de septiembre de 1936, dos meses no más después del 18 de julio, se trasladó a Burgos y logró sacar de la Junta Técnica, órgano supremo de gobierno de la España nacional, la autorización precisa para ocupar la tercera parte del Colegio, o sea, el piso alto ocupado aquellos años por el Instituto de Enseñanza Media «Giner de los Ríos». A mediados de octubre abrió sus puertas el Colegio de San José, al principio con no muchos

alumnos pero luego a lo largo del curso hubo tantas admisiones que al final ya casi no cabían en las estrecheces de los locales.

Durante el año 1936 la Comunidad pudo reunirse en el Colegio. Hube, que doblar el número de habitaciones en la clausura, ocupando el anche, tránsito. Con los nuevos tabiques todavía húmedos, sin casi ninguna calefacción, con peligro para la salud, se reunieron 46 Jesuitas, de ellos 17 Padres, 10 escolares y 19 Hermanos. El Padre Antonio Fernández Cid fue nombrado vice-rector del Colegio. El fue el alma del Colegio renacido. Fueron prefectos los Padres Ginés Recio e Isaac Montero, y Padres espirituales los Padres Antonio Martínez (de la provincia de Toledo) y José Sánchez Cobaleda. Un grupo de 10 jóvenes maestrillos cargaron con 1.1 mayor parte del peso del Colegio. Allí Fernando Álvarez, Manuel Balbona., Francisco Brandariz, Constanancio de la Fuente, Saturnino Junquera, Jesús Vázquez, etc., tuvieron que lidiar con los cientos de chiquillos que no disponían de más lugar de expansión que el jardín, cuyos macizos florales desaparecieron casi por completo.

Al Colegio se trasladaron pronto los enfermos de León, 8, el octogenario Padre Francisco Arce y el escolar Luis Martínez Zapico, que fallecieron poco después en enero y febrero de 1937.

El salón de actos y la sala de música se cedieron para dormitorio eventual de aquellos números de la Guardia Civil que regresaban de la zona republicana. Una parte de la biblioteca del Colegio pereció. Lo demás se instaló sin orden ninguno en una habitación de la clausura.

La vuelta de los jesuitas a su antiguo edificio fue precedida por un artículo de «Diario Regional» de 4 de septiembre de 1936, en el que se abogaba por la reapertura del Colegio. La Diputación Provincial de Valladolid, el Ayuntamiento de la ciudad, el rector de la Universidad, el director del Instituto, los antiguos alumnos, los alcaldes y personas más representativas de los pueblos de la provincia, pidieron la vuelta de los jesuitas y la devolución del Colegio. Estos fueron los precedentes que allanaron el camino al Padre Cid para presentar su petición en Burgos. El 15 de octubre se abrió el curso con un alumnado que llegó a 540 alumnos. El aspecto que ofrecía el Colegio era desolador: los laboratorios habían perdido gran parte de sus aparatos, lo mismo que los gabinetes y museos. Las camarillas de los internos eliminadas, deshechos los cuartos de los Padres, el salón de actos picado, las estanterías de

nogal del Museo de Historia Natural trasladadas al salón de actos para instalar una biblioteca que no llegó a formarse. La capilla desalojada, sus altares y vidrieras fueron a parar a la catedral, con lo que se lograron salvar.

Así transcurrió este primer curso del Colegio en un clima de heroísmo, entre el cúmulo de dificultades y molestias de todo género que pesaba sobre aquellos 40 Jesuitas, pero que ante el ambiente de guerra en que trepidaba la vida en general, ellos sobrellevaban humorísticamente. No ha quedado de aquel año catálogo de alumnos ni publicación alguna que nos conserve el latido de aquellos pioneros que de la amplitud, sosiego y comodidad de Curía se vieron de improviso metidos en las estrecheces de una tercera parte del Colegio de San José.

Entre los alumnos que terminaron su bachillerato en el primer año de la restauración del Colegio figuran: Anselmo Alonso Braun, Emiliano Carnero, Jesús Corral Salvador, Pablo Díez, Manuel Gitrama, Hermenegildo Gutiérrez Semprún, José Luis Lozano Mesón, Antonio Martín Descalzo, Luis Nájera Alesón, Pedro Parellada, Robustiano Pollán del Fraile, Antonio Romón Torres, Fernando Silos, y otros.

Tras de este ajetreado curso se requerían unas vacaciones tranquilas en ambiente alejado de la atmósfera de guerra que por todas partes se respiraba en Valladolid. El Padre Cid se acordó de su tierra sanabresa y junto al Lago de Sanabria se abrió un colegio de verano donde profesores y alumnos descansarían con juegos y excursiones a la vez que aprovechaban con repasos y lecciones. La plétora de familias de refugiados procedentes de Madrid, Cataluña, Andalucía y otras regiones, mal acomodados en Valladolid en lo referente a vivienda, favorecía la instalación de este colegio de verano donde al menos sus hijos podrían pasar bien instalados, tranquilos y relajados sus vacaciones en un ambiente de naturaleza y paz.

RECTORADO DEL P. GINES RECIO: 1937-1942

El día de San Estanislao, 13 de noviembre de 1937, fue nombrado rector del Colegio el Padre Ginés Recio. Había hecho su magisterio en Valladolid (1928-1930), en Curía había sido director de los Exploradores (1934-1935), prefecto en Valladolid (1936-1937), y siempre brazo derecho del Padre Encinas. Empapado de los ideales educativos del Padre Encinas intentó armonizarlos con las adversas

circunstancias en que se veía obligado a desenvolverse en San José ocupado en sus dos terceras partes por escuelas primarias del Estado y por instalaciones militares en razón de la guerra.

Hombre de gran corazón, dotado de fina sensibilidad, ardiente dinamismo y gran insinuación, poseía una palabra fácil y convincente. Siempre sufrió los rigores de una mala salud que le debilitó sobremedida; por ello gran parte del curso 1939-1940 hubo de pasarlo descansando y reponiéndose en el Colegio de «El Palo», Málaga. Le suplió ese curso como vicerrector el Padre Ignacio Francia, a la sazón socio del Padre Provincial.

El primer curso del rectorado del Padre Recio, 1937-1938, el número de colegiales aumentó rápidamente. A Valladolid llegaban familias de todas partes huyendo de los horrores de la guerra, pedían la admisión de sus hijos en el Colegio pero el Colegio seguía ocupado. Al fin se logró que dejaran libres las clases del piso principal que ocupaban escuelas de niñas, con lo que se consiguió un pequeño respiro, pero en cambio se perdió el piso superior, donde el Ejército instaló un hospital de sangre. Fueron prefectos los Padres José María Tomillo y Ricardo Viejo.

El número de alumnos de este curso se elevó a 670, de los que 270 eran internos, 50 mediopensionistas y 350 externos. De ellos, el 15 por 100 eran gratuitos por disposición legal. Entre los internos, el gran corazón del Padre Recio concedió importantes rebajas y aun becas enteras a alumnos venidos de regiones en guerra que de momento lo habían perdido todo al abandonar sus casas.

En el curso 1938-1939 llega un nuevo prefecto, el Padre Olegario Fernández, joven, recién salido de la Tercera Probación, y de grandes cualidades. Fueron Espirituales durante este curso los Padres Cipriano Cavero y José María Uranga.

En el tercer año de la guerra, la población advenediza de Valladolid es enorme. El número de alumnos que piden su admisión en el Colegio llega a tal extremo que el Padre Recio tuvo que tomar una resolución singular. Llevar a los alumnos internos de los cuatro primeros cursos por falta de espacio en Valladolid al Seminario de Comillas (Santander), a la sazón poco utilizado por hallarse la mayor parte de sus alumnos movilizados en la guerra.

Al frente de esta sección comillense estuvo el Padre Manuel Foyaca, teniendo como colaboradores al

FERNÁNDEZ, Luis (1981) Historia del Colegio de San José de Valladolid

Padre Luis Albarrán y al Padre José Marín (de la provincia de Toledo), y a los maestrillos Victoriano Rivas, José Andrés, Valentín García y Fabián Villoria.

En Valladolid gran parte de la carga de clases e inspección pesaba sobre los maestrillos Ramón Cué, Agustín Fuentes, Miguel Martín, los hermanos Isidoro y Sebastián Polo, Felipe del Río, Alejandro Rey-Stolle y Mariano Zaragoza.

El número de alumnos de Valladolid fue de 579 y el de Comillas de 200 aproximadamente. Sabemos que los alumnos internos de Comillas disfrutaron de un curso feliz en los amplios edificios del Seminario, con los extensos campos de deportes y frontones, con los baños en el mar y con el bellísimo horizonte comillano, uno de los más pintorescos no sólo de la montaña sino de toda España.

En Valladolid, según una carta del Padre socio, Ignacio Francia, los militares y las escuelas primarias del Gobierno ocupaban las cuatro quintas partes del edificio y del solar del Colegio. En arreglar y disponer la parte que devolvieron a la Compañía en septiembre de 1936 se gastaron 120.000 ptas.

Pero al comienzo de este curso tuvo lugar un acontecimiento político de la mayor trascendencia para la Compañía de Jesús: el restablecimiento legal en España de la Orden, su reconocimiento como persona jurídica y la devolución de todos sus bienes incautados por el Gobierno de la República. Este restablecimiento fue el primero hecho explícita y formalmente desde el Decreto de Expulsión promulgado por el Rey Carlos III en 1767. En las demás admisiones de la Compañía durante el siglo XIX nunca se había formulado una declaración tan explícita y, desde luego, en ninguna de las restauraciones anteriores se habían devuelto a los jesuitas los bienes incautados. Así hay que declararlo porque así fue. Nobleza obliga.

El Ministerio de justicia de la España Nacional, regentado por el conde de Rodezno, y situado en Vitoria, envió el 7 de octubre de 1938 una Orden por la que quedaban sin efecto las incautaciones de las fincas propiedad de la Compañía de Jesús en Valladolid, a la cual serían devueltas. Estas fincas eran: el edificio del Colegio de San José, con una extensión de 11.500 metros cuadrados. Las casas números 14, 15 y 16 de la Plazuela del Duque. Un solar en la calle de Fidel Recio, s/n, de 1.197 metros cuadrados. La Ribera de San Pablo, de siete hectáreas, 93 áreas y 44 centiáreas.

El 24 de octubre de 1938 el presidente de la Audiencia Territorial de Valladolid, cumpliendo Orden del ministro de justicia de 7 de octubre, devolvió a la Compañía de Jesús, en la persona del Padre Antonio Encinas, provincial, todas las fincas incautadas en Acta levantada por el notario don Rafael Serrano.

El curso 1939-1940, el primero de la paz, discurrió bajo el gobierno interino del Padre Ignacio Francia, mientras el Padre Ginés Recio convalecía de su dolencia en el templado clima de «El Palo», Málaga. Seguía el Padre Olegario Fernández de prefecto y de espirituales los Padres Leandro Gallego y José María Uranga.

El número de alumnos, acabada la guerra el día 1 de abril de 1939, bajó algo una vez que muchas familias refugiadas en Valladolid pudieron volver a sus puntos de origen. Al principio del curso el total de alumnos fue de 680, al final llegó a 709, de ellos 348 internos, 25 mediopensionistas, y 336 externos. En este curso terminaron el bachillerato, entre otros: Antonio Alcón, José Luis Benito, los dos hermanos Bocos Cantalapiedra, su primo José Bocos Peña, José Luis Cano Gardoqui, José María Dávila Zurita, José María Figaredo Sela, Carlos Gavilán, Desiderio Martín Patino, Carlos Martínez de Renedo, Juan José Nieto de Cossío, Juan Nocito, José J. Prado Pintó, Luis María Puig Vandrell, Fernando Rodríguez de León, Mariano Ruiz, Luis Viña, José Manuel Wolff Gárate, y otros.

El día 1 de octubre de 1939 se devolvieron por el Ejército los patios exteriores que habían estado ocupados por el Parque Automovilístico. El Hospital de Sangre y demás dependencias ocupadas también habían sido devueltas, con lo que ya no fue necesario ocupar plazas en el Seminario de Comillas.

El curso 1940-1941 el número de alumnos fue de 750, de los que 296 eran internos. El Colegio logró en este curso una destacada posición en la vida cultural y universitaria de Valladolid. El rector, Padre Ginés Recio, reintegrado a su cargo, gozaba de un gran ascendiente entre los profesores de la Universidad vallisoletana. Dio el Padre Recio unos comentadísimos Ejercicios a caballeros en la iglesia de Santiago. Después, y como consecuencia de ellos, de acuerdo con el rector de la Universidad, don Cayetano de Mergelina, llevó a cabo la fundación de la Hermandad de Docentes del Santísimo Cristo de la Luz, cuya imagen se venera en la capilla del Colegio Mayor Santa Cruz. Esta Hermandad a la que pertenecía la mayor parte del

claustro universitario celebraba un breve acto religioso todos los viernes en el que les hablaba el Padre Recio con su cálida, insinuante y plástica palabra y un acto solemne el Viernes Santo consistente en un Vía Crucis desde Santa Cruz hasta la catedral llevando la imagen patronal acompañada de todos los Docentes con su crucifijo al cuello, pendiente de un cordón de seda granate.

El director general de Enseñanza Superior y Media, don José Pemartín, escogió nuestro Colegio para, desde la tribuna de su salón de actos, ofrecer a los padres de familia vallisoletanos y al país las primicias de su proyectado Plan de Estudios de Bachillerato Humanístico, en el que destacaba la preponderancia de la Lengua Latina con clase diaria los siete años de bachillerato, en un intento de revitalizar el estudio de las Humanidades Clásicas, nervio de la formación de nuestros grandes hombres en las décadas del Siglo de Oro.

Ante el propio director general, señor Pemartín, acompañado del rector de la Universidad, doctor Mergelina, se desarrolló una Concertación de Latín. Al final de ella exclamó el señor Pemartín: «En cien años no se ha enseñado así», y el doctor Mergelina: «Este Colegio es el mejor Centro de Enseñanza Media de este Distrito Universitario».

Esta impresión de ambas personalidades directoras de nuestra enseñanza viene avalada por la nota media de todo el Colegio pacientemente calculada por el Padre Jesús del Portillo, teniendo en cuenta todas las notas finales de todos los alumnos del Colegio. Todo ello sin el auxilio de las modernas calculadoras. El curso 1939-1940 la nota media del Colegio fue de 6,50. En este año de 1940-1941 fue de 6,52. Destaca en este año el curso de 6.º, que alcanzó la nota media de 7,04.

La labor cultural del Colegio no se limitaba a la concienzuda preparación de las asignaturas. Los alumnos mayores visitaron los Talleres de la Estación del Norte y el Museo Nacional de Escultura, preparados de antemano por una magnífica charla del Padre Eusebio Rey intitulada: «Dos horas en el Museo de Valladolid».

Las notas del examen de Estado ante un tribunal universitario fueron un exponente de la profunda labor de preparación que el Colegio llevaba a cabo. En el verano de 1941, frente a un 41 por 100 de aprobados en general, el Colegio obtuvo el 89,92 por 100. De un total de 1,31 por 100 de sobresalientes, el Colegio recogió el 9,75 por 100. De

22 premios extraordinarios que en total se dieron, el Colegio se llevó cuatro.

A la par que se trabajaba a conciencia en las clases, se intensificaba la formación espiritual. Buena muestra de ello eran las visitas libres al Santísimo que en tiempo de recreo hacían los alumnos en masa. «Era -como escriben las «Noticias de la Provincia de León»- la desaparición absoluta de faltas y casos extraños que consigna en su sección no edificante la historia de los colegios y que recuerdan a veces los antiguos».

Pero la mejor prueba de la elevada temperatura espiritual del Colegio eran las vocaciones. En dos años, 20 alumnos siguieron la estrella de la vocación sacerdotal y la mayoría por la vía más perfecta de la vida religiosa.

En 1940 llega al Colegio como profesor y director de la Escolanía el maestro don Luis Arconada. Este hábil promotor del canto, junto con el organista y profesor de solfeo don Firmo Hernández, que se incorporó al Colegio en 1943, lograron formar un Coro del Colegio que actuó con gran éxito en exhibiciones privadas y públicas. Su fuerte eran las voces graves de hombres.

No podemos pasar por alto un factor que condicionó negativamente durante varios años la vida colegial, especialmente de los alumnos internos. Nos referimos a los llamados «años del hambre», los siguientes a la terminación de la guerra, en los que la escasez de los alimentos primarios se dejó sentir en toda España y quizá con menor rigor en la triguera meseta castellana. De todas formas, la penuria alimentaria trajo a la mente del Padre Recio la tentación de cerrar el internado, pero una feliz conexión de ayudas externas y de sacrificados esfuerzos internos, sobre todo del proveedor de la casa, Hermano Barreiro, fueron resolviendo poco a poco tan complicado problema.

El pan, casi integral, estaba severamente racionado, lo mismo que la carne y aun las más humildes legumbres como los garbanzos, lentejas y muelas. Por ello no hubo más remedio que tolerar el envío de paquetes que las familias periódicamente enviaban a sus hijos internos. Estos paquetes generalmente consistían en pan blanco, embutidos y botes de leche condensada.

Este severo régimen alcanzaba por igual a la Comunidad, que lo aceptaba ascéticamente como una disposición ordenada por la Divina Providencia.

FERNÁNDEZ, Luis (1981) Historia del Colegio de San José de Valladolid

No podemos menos de mencionar aquí a un gran amigo del Colegio, padre de varios colegiales, quien ayudó muy eficazmente al Hermano Barreiro a resolver mes tras mes el arduo problema de dar de comer a centenares de alumnos. Nos referimos al comandante de ingenieros don Aureo Perote, quien facilitó en todo momento medios de transporte del Parque Móvil.

Para ayudar a resolver el problema del abastecimiento alimenticio, en octubre de 1941 el Ayuntamiento, a petición del Padre Olegario Fernández, a la sazón vice-rector interino del Colegio en ausencia por enfermedad del Padre Recio, concedió licencia para la construcción de un gallinero en el solar de la calle de la Merced, n.º 8, propiedad del Colegio. Hizo los planos el antiguo alumno y arquitecto don Manuel López Fernández, padre de otros tres antiguos alumnos, dos de ellos jesuitas.

La distribución final de premios en junio de 1941 fue verdaderamente extraordinaria, con asistencia del capitán general, don José Solchaga, que tenía un hijo alumno del Colegio; del rector de la Universidad, don Cayetano de Mergelina, también padre de otro alumno; de todos los decanos de las Facultades, de todos los profesores de la Facultad de Filosofía y Letras y de gran número de profesores de otras Facultades. Tuvo el discurso principal el Padre provincial, Ramón Calvo. En él dijo, entre otras cosas: «Hoy la libertad de enseñanza es una responsabilidad grave que el Colegio ha sabido cumplir». El rector de la Universidad elogió al Colegio como primer Centro de Enseñanza del Distrito Universitario de Valladolid.

El Padre Fernández Lomana, tradición viva del Colegio, pudo decir que en sus muchos años de Valladolid nunca había visto este contacto del Colegio con la Universidad. En esta distribución hubo premios en especie, numerosos y valiosos obsequios, para los primeros alumnos de cada clase, donados por el rector de la Universidad, el director del Instituto, los antiguos alumnos, el Padre provincial, el Padre rector, el Colegio de San José y un generoso anónimo afecto al Colegio. El inspirador y ejecutor de esta idea fue el Padre Luis Fernández. Probablemente en esta ocasión se estrenó el Himno del Colegio, letra del inspirado poeta y antiguo profesor del Colegio Padre Victoriano Rivas, a la sazón estudiante de Teología en la Universidad Pontificia de Comillas, y música del Padre José Ignacio Prieto, director de la Schola Cantorum de la misma Universidad. Su letra co-

menzaba así: *¡Juventud nueva, al viento lanzo el grito; pido puesto en vanguardia cara al sol!*

La música marcial y armoniosa, la letra inspirada y actual, captó la voluntad de los colegiales, que aprendieron pronto su himno y lo cantaban entusiasmados en todos los actos públicos.

En el mes de junio el Padre Juan Román Lozano promovió un cursillo de conferencias en la Universidad para conmemorar el centenario de la ida de San Francisco Javier a la India. Tomaron parte en él los profesores Manuel Ferrandis, Joaquín Pérez Villanueva, Amando Melón y los Padres García Villoslada, Domenzain y Fernández Castro. En la clausura hablaron el Padre provincial, Ramón Calvo, y el rector de la Universidad, don Cayetano de Mergelina. Al mismo tiempo en el gran salón del Palacio de Santa Cruz se abrió una Exposición Misional en la que tuvieron gran parte sus organizadores Hermanos Laurentino Rueda y Alejandro Mata.

Durante los últimos años del provincialato del Padre Antonio Encinas, siendo rector del Colegio de San José el Padre Ginés Recio, se pensó seriamente en levantar un Colegio de nueva planta, amplio, en forma de pabellones separados con grandes campos de deportes y en medio del campo, sin tapia ninguna. El recuerdo del Colegio de Curía seguía pesando entre quienes habían vivido allí. La estrechez y antigüedad del edificio de San José, maltratado durante los años de la disolución y de la guerra espoleaba a los superiores a soñar con otra cosa.

Por ello se dieron los pasos oportunos y se apalabró la compra de una extensa finca a las afueras de Valladolid, en la carretera de El Pinar, propiedad de don Eusebio Rodríguez Vila, presidente de la Diputación Provincial. Considerando la cosa ya casi como hecha, a ella iban los alumnos del Colegio a realizar sus competiciones deportivas los jueves y domingos. La clave de esta operación era la venta de la «Ribera» con cuyo importe, se pensaba, se podría adquirir la nueva finca e incluso levantar el nuevo Colegio.

Para estas operaciones se necesitaba naturalmente el permiso del Padre General de la Compañía. Cuando todo estaba a punto de cristalizar, la víspera de firmarse las escrituras de venta y compra llegó un telegrama del Padre Ledochowski negando el permiso para vender «La Ribera», con lo que todo el plan se deshizo.

El Colegio de San José seguiría en su primitivo edificio. Esta fue la primera tentativa seria de sacar el Colegio de su primera ubicación. Después de este fracaso el Padre Jesús del Portillo elucubró una reforma total del edificio del Colegio suprimiendo la escalera principal, abriendo otras en las cuatro esquinas del edificio y ensanchando todo el pabellón que da al patio grande, corriendo el muro de piedra unos metros hasta ponerlo en línea con el saliente de la calle de Maldonado, pero estas elucubraciones no pasaron de ser meros proyectos.

El curso 1941-1942 fue el quinto y último del rectorado del Padre Ginés Recio. Su salud, muy debilitada, no le permitía arrostrar los graves problemas que en aquellos años entrañaba la vida de un colegio-internado. Los alumnos internos al venir al Colegio tenían que traer consigo la «baja de racionamiento», requisito indispensable para que la Sección de Abastos de Valladolid autorizara la percepción de la ración correspondiente. En este curso los alumnos en total fueron 649, de los que 294 eran internos, con leve descenso en relación con el curso anterior. Siguió de prefecto el Padre Olegario Fernández y de espirituales los Padres José Gabriel Campo y José María Uranga. Formaban la colonia de internos más numerosa los procedentes de pueblos de la provincia de Valladolid. Le seguían los asturianos, que eran 36; santanderínos, 33; palentinos, 27; abulenses, 23; madrileños, 18; leoneses, zamoranos y salmantinos, 15 de cada provincia. También había algunos gallegos, vascos, extremeños, manchegos, cubanos y africanos.

Por disposición legal el Colegio se vio obligado a convertir el salón de actos en salón público de cine para las familias de los alumnos durante los domingos y festivos del calendario oficial. La concurrencia fue cada vez más numerosa y escogida. A la primera sesión acudían los alumnos pequeños y las alumnas del Colegio de las RR. Dominicás Francesas, de las Jesuitinas, etc. A la segunda, los alumnos mayores y personas de fuera, casi en su totalidad familiares de colegiales. El Padre rector dijo: «Esta pasión del cine no la formulamos ni buscamos nosotros; nos la impone la sociedad y la autoridad y nos servimos de ella para acercar a nosotros a los seglares y hacerles el mayor bien posible espiritual».

Cada quince días se tenían charlas a los padres y madres de los alumnos a fin de ir a una en la educación.

La distribución final de premios en los primeros días de junio de 1942 se encuadró en un bello acto artístico-literario, espécimen de plástica, música y recitado, organizado por el Padre Eusebio Rey, bajo el título de «Exaltación de la copla», en el que tomaron parte los alumnos de diversos cursos en representación de las diversas regiones españolas. La pirámide de aquel colorista retablo estaba encabezada por el entonces alumno Francisco Igea Laporta.

La Asociación de Antiguos Alumnos por iniciativa de su consiliario, Padre Maximino García, erigió un monumento a los antiguos alumnos caídos en nuestra guerra. Se inauguró el 31 de mayo de 1942, día en que se celebró la asamblea anual. Es un monumento compuesto por un pedestal de mármol blanco en cuyas cuatro caras vienen grabados los nombres de los caídos y está rematado por una corona de laurel y sobre ella la estatua de Jesús Adolescente traída del Colegio de Curía, donde fue entronizada el 30 de mayo de 1936. El monumento emergía de un estanque cuadrangular en el que caían los chorros de cuatro surtidores que nacían en los ángulos. Luces ocultas iluminaban por las noches el fondo del estanque donde pecillos de colores surcaban sin cesar aquellas aguas. El jardín moderno fue replanteado y cuidado con esmero por el profesor de Botánica, Padre Jesús del Portillo.

RECTORADO DEL P. ISAAC MONTERO: 1942-1944

El día 21 de agosto de 1942 sustituía al Padre Ginés Recio en el rectorado del Colegio el Padre Isaac Montero, que durante varios años había desempeñado en él los cargos de prefecto, ministro y procurador. Los dos últimos años el Padre Montero había resucitado en Gijón el Colegio de la Inmaculada, cuyo edificio había perecido gloriosamente en la gesta del Simancas.

Con el Padre Montero vino de prefecto el Padre Manuel González. El Padre Ginés Recio quedó en el Colegio como espiritual de los alumnos mayores, mientras seguía el Padre José María Uranga con los pequeños.

El total de alumnos del Colegio llegó este curso, 1942-1943, a 674, de los que 284 eran internos; 12 mediopensionistas y el resto externos. Entre los bachilleres de este curso figuran Jesús Sánchez, Francisco Carrillo de Albornoz, Marcelino Elosúa Rojo, Teodoro García Valenceja, Manuel Hernández Bolaños, Emilio Ladrón de Cegama, Jesús López

Daza, Eloy Martín Fernández, Agustín Moneo Montoya, Juan Quijano GonzálezCamino, Gabino Villalba, José María de Uríbe y Zorita, y otros.

La capilla de los alumnos se enriqueció con las arañas del altar mayor restauradas gracias a un espléndido donativo del antiguo alumno, don Ramón Ferreiro Rodríguez, gobernador civil de Lugo. También en la capilla se estrenaron las sotanas blancas de los acólitos regaladas por los bachilleres del año anterior. En abril de 1943 se inauguró el salón de actos restaurado y los nuevos locales de la Biblioteca Escolar.

Al principio de este curso se inauguró la costumbre que perduró por varios años, a saber: comenzar el curso escolar con un solemne acto académico. Este año fue el Padre Eusebio Rey quien disertó sobre La lectura como factor formativo en la educación. La Banda Militar interpretó «Katiuska», del maestro Sorozábal, que el público obligó a repetir.

El mismo Padre Eusebio Rey dirigió en el acto de la proclamación de dignidades habido el 7 de diciembre el «Ensayo folklórico sobre la infancia», que se repartió en dos cuadros: «El niño en el hogar» y «El niño en la calle», con ilustraciones musicales, entre ellas «Así cantan los chicos», del maestro Guridi. En marzo de 1943 el antiguo alumno y poeta don Francisco Javier Martín Abril publicó en la revista «Vallisoletana», en el número extraordinario dedicado a conmemorar los 25 años de la erección de la Provincia Jesuítica de León, una sugerente composición titulada «La enfermería del Colegio».

Pocos días después una representación del Colegio asistía el 15 de diciembre de 1942 en la iglesia de la Residencia a los solemnes funerales por el prepósito general de la Compañía de Jesús, Padre Wlodimiro Ledochowski, que acababa de fallecer.

El alumno de 7º curso Gerardo Gómez Cuadrillero, exponía dos óleos en la Exposición de Otoño en el salón de honor del Ayuntamiento, organizada por Educación y Descanso.

La Sección de Caridad de la Congregación acudía los jueves por la tarde a las barriadas extremas (barrio España) a repartir ropa a los necesitados. Algunos domingos visitaban y obsequiaban a los ancianos del Asilo. Tenían catequesis a 320 chicos de la Escuela del Asilo. El Domingo Misional (todavía no se llamaba Domund) los alumnos informaban con gráficos y mapas sobre el movimiento misional, a la vez

que con huchas pedían donativos por la calle. Este año el Colegio obtuvo el récord de recaudación en toda la ciudad. Logró 1.257 ptas.

Después de varios años de interrupción reapareció la revista «Vallisoletana» bajo la dirección del Padre Luis Fernández, profesor de Literatura y director de la biblioteca de los alumnos.

La distribución final de premios tuvo lugar el día 1 de junio de 1943. Por la gran afluencia de público que se esperaba, el acto tuvo lugar al aire libre en el patio de las columnas. El profesor de Literatura, Padre Luis Fernández, leyó un interesante trabajo sobre Zorrilla y los jesuitas, como homenaje al insigne cantor de María en el 50 aniversario de su muerte. Asistió al acto y felicitó al disertante el ilustre zorrillista don Narciso Alonso Cortés.

Terminada su restauración se instaló en la sala de visitas el magnífico cuadro original de Rafael Mengs, la Adoración de los Pastores, joya del arte pictórico que recientemente había sido donada al Colegio de San José A fines del siglo XIX figuraba en la colección del diplomático extranjero conde de Buchental. A su muerte pasó en 1893 por compra a la familia de los Padres Portillo. Durante nuestra guerra sufrió los efectos de la metralla por estar situado en el Parque del Oeste en Madrid. Un restaurador del Museo del Prado restañó sus heridas y le devolvió su antiguo esplendor. Hoy es una de las buenas joyas del Colegio de San José.

Durante el verano de 1943, se celebró en Burgos el Milenario de Castilla, en el que tomaron parte los antiguos alumnos, el poeta Lope Mateo, que obtuvo el Primer Premio y la Flor Natural, y el también poeta y antiguo alumno Francisco Javier Martín Abril con su bellísima composición «Castilla Milenaria». El 12 de septiembre ante las históricas piedras de la fachada del Monasterio de Oña se clausuró solemnemente la celebración del Milenario de Castilla con un importante discurso del Padre Eusebio Rey sobre Primacía de Castilla en las Laudes Hispánicas Medievales.

En el verano de 1943 un grupo de colegiales formó en la Ría de Arosa el campamento «Loyola» junto con alumnos de Vigo, Gijón, Bilbao, San Sebastián, Zaragoza, Madrid, etc. Ese mismo verano una peregrinación de alumnos fue a Compostela a ganar el jubileo del Año Santo acompañados del Padre Apolinar Cinos.

El curso 1943-1944, segundo y último año del rectorado del Padre Isaac Montero, el Colegio recibió 640 alumnos en total, de los que 280 eran internos. En este curso terminaron el bachillerato Alfonso Álvarez Bolado, José María Castro Alcalde, Francisco José Cobo García, Mario Corcuera Fernández de la Reguera, Felipe Fernández Alonso, Prudencio Fernández Regatillo, Pablo Hernández Mateo, Francisco Ibáñez Puche, Francisco Igea Laporta, Juan Ignacio Jiménez Nieto, Luis Jolín Nieto, César Luaces Saavedra, Miguel Martín Fernández de Velasco, Juan Antonio de Obeso y Piñeiro, Luis Palacín, Francisco Sáinz, Santiago Sanjuán, Juan Secades González-Camino, Fernando Silió, Carlos Suárez de Villa, Juan Ramón Vázquez Contreras, Antonio Zapíco Maroto, Julián Zulueta Artaloitia y otros.

El grupo de bachilleres que terminó este año dejó una excelente memoria en la historia del Colegio por su elevado coeficiente intelectual, su notable aprovechamiento y excelente conducta. De este curso entraron en la Compañía de Jesús cinco bachilleres.

Fueron este año espirituales de los alumnos el Padre José María Poggio de los mayores y el Padre José Tejedor de los pequeños. El día 7 de diciembre de 1943 tuvo lugar la proclamación de dignidades, que versó sobre «El Milenario de Castilla», con discursos de Francisco Javier Martín Abril y del Padre Eusebio Rey, y un soberbio recital de Lope Mateo e intervenciones de la Coral Vallisoletana de música clásica y popular bajo la dirección del maestro García Blanco.

El veterano profesor de Física y Química del Colegio, Padre Román Fernández-Lomana, a la sazón jubilado, autor de un muy utilizado texto de Física, fue galardonado con la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio. La imposición de esta preciada condecoración se llevó a efecto en un solemnisimo acto en el salón con asistencia de todas las autoridades provinciales y locales. Le impuso la Encomienda el alcalde de la ciudad, y antiguo discípulo del Padre Lomana, don Fernando Ferreiro.

Las bellas artes recibieron este año nuevo impulso. Fue muy concurrida la clase de modelado a cargo del Hermano Laurentino Rueda. El coro del Colegio, bajo la batuta de don Luis Arconada, se atrevía con el poema a seis voces «Castilla» del maestro Onrubia, y con el «Ave María» de Vitoria a cinco voces, el «Popule meus» de Palestrina y con otras obras de Perosi, Mozart, Orlando di Laso, Gurldi,

Otaño e Iruarrizaga, que entraban de ordinario en el repertorio del maestro Arconada. Los castellanos -se dice- han sido siempre poco sensibles al canto. Pues bien, don Luis Arconada hizo pasar a los componentes del coro, sobre todo a los mayores, desde la indiferencia al entusiasmo por la música. La solemne distribución de premios de fin de curso el día 1 de junio estuvo dedicada al escritor Ricardo León como hombre y como escritor. En ella se declamaron el «Canto a Castilla» y un fragmento de «Alivio de caminantes».

RECTORADO DEL P. DESIDERIO SANCHEZ: 1944-1947

El día 1 de septiembre de 1944 fue nombrado rector del Colegio el Padre Desiderio Sánchez, hombre bondadoso y paternal, que había sido antes rector de los colegios de Oviedo y de Carrión de los Condes.

El total de alumnos llegó este curso, 1944-1945, a 710, de los que 286 eran internos y 424 externos. Entre los bachilleres que terminaron este curso nombremos a Ángel María Abril Martín, Luis Felipe Adánez, José Luis Alonso Cillero, Alejandro Blanco, Carlos Bocos, Emilio Díaz Caneja, Juan María Corral Castanedo, José María Corral Nogales, Antonio Gutiérrez Velarde, julio Maestre Quevedo, Ezequiel Martín Fernández de Velasco, Ramón Martín Mateo, Ambrosio Nevares, José Antonio Perote, Alfredo Prieto, Luis Ruiz González, Tomás Sobrino Álvarez, José María Taboada del Río, Luis Zapico Maroto, y otros.

En noviembre de 1944 el nuevo rector, Padre Desiderio Sánchez, compró por 50.000 ptas. al Arzobispado el solar y ruinas de la iglesia, sacristía y atrio de la antigua iglesia de San Juan. Hubo sus dimes y diretes sobre la propiedad del inmueble, antigua iglesia de Belén, cuya propiedad siempre habían reivindicado los duques de Medinaceli, hasta mediados del siglo XIX. Preguntado el administrador de la Casa de Medinaceli respondió que la propietaria de la iglesia era la Mitra «desde tiempo inmemorial», siendo así que sólo en 1842 fue cuando la casa ducal cedió la iglesia de Belén al Obispado para instalar en ella la parroquia de San Juan. El hecho fue que el secretario del Arzobispado, don Ángel Sánchez, exhibió un certificado en el que se decía que «desde tiempo inmemorial este Arzobispado viene en posesión quieta y pacífica como propietario del antiguo templo parroquial de San Juan y del atrio que ante su fachada existe».

Amparados con este certificado se compró la iglesia en ruinas y su atrio y se inscribió en el Registro de la Propiedad a nombre de la Compañía de Jesús. En el verano de 1945 el Hermano Ricardo Merino, al frente de un grupo de colaboradores, con una barra de hierro y mucho esfuerzo derribó los enormes muros de duro tapial, las pilastras de ladrillo y desmontó la sencilla portada de piedra con arco de medio punto que se llevó, numeradas las piedras, y se volvió a reconstruir por el Padre Antonio Fernández Cid en la nueva iglesia del Instituto Politécnico de Cristo Rey.

La primera idea del Padre rector al comprar el solar de la antigua iglesia fue la de construir una amplia capilla semipública para el Colegio y para las personas de la ciudad que quisieran asistir a sus cultos. Esta idea fue pronto olvidada y los solares adquiridos y otros que pronto se sumaron ampliaron los patios exteriores del Colegio.

Durante este curso dos profesores del Colegio publicaron sendas obras de investigación. El Padre Eusebio Rey dio a luz en la B. A. C. un grueso volumen titulado Historia de la Contrarreforma, con una extensa y valiosa introducción a las obras selectas del Padre Pedro de Rivadeneira. El Padre Luis Fernández publicó un libro: Zorrilla y el Real Seminario de Nobles, con prólogo del académico de la Lengua don Narciso Alonso Cortés.

El día 7 de diciembre de 1944 tuvo lugar la proclamación de dignidades en un acto consistente en un «Recital poético modernista» bajo la dirección del Padre Eusebio Rey. Pequeños trabajos literarios se venían haciendo en la Academia de Literatura de la Congregación bajo la dirección del Padre Luis Fernández. En esta Academia presentó Ramón Martín Mateo un estudio sobre «El humorismo contemporáneo en la Literatura»; Alejandro Blasco dos cuentos al estilo de Rubén Darío; Pedro San Juan un soneto a la villa de Santillana del Mar; Tomás Sobrino un ensayo sobre Bécquer.

Durante este primer año del rectorado del Padre Desiderio Sánchez se dieron los primeros pasos para la adquisición de la llamada entonces «Casa del Real» y antiguamente «Casa del Conde de Castro once», situada en la Plazuela del Duque, n.º 13, haciendo esquina con la calle de los Reyes, única que faltaba para completar la manzana a las cuatro calles. Comenzó esta compra el anterior rector, Padre Isaac Montero, en enero de 1944,

cuando compró en documento privado esta casa por 35.000 ptas., pero no se remató la compra hasta el rectorado siguiente. En 2 de diciembre de 1944 el Padre Desiderio Sánchez compró la casa del Real a doña Remigia Rodríguez de las Heras por 21.000 ptas. Esta casa fue adquirida en 1897 por don Marceliano Rodríguez, vecino de Palazuelos, cerca de Aguilarejo, a doña María y don Felipe del Nero, al duque de la Roca, a la marquesa de la Laguna y a la marquesa de la Coquilla. Pero quedaba una parte alícuota de la propiedad muy difícil de escriturar porque pertenecía a un hermano de doña Remigia, don José Rodríguez de las Heras, ausente en desconocido paradero durante muchos años. En 12 de junio de 1947 doña Remigia, formalizado el expediente legal, vendió al Padre Desiderio Sánchez la parte que correspondía a su hermano ausente por más de cuarenta años en ignorado paradero. En aquel momento toda la manzana quedaba en poder de la Compañía de Jesús.

En el segundo curso del rectorado del Padre Desiderio Sánchez 1945-1946, el número total de alumnos fue de 680. Entre los que terminaron el bachillerato mencionemos a Miguel Aldasoro, Alfonso Bardají, Emeterio Fernández Marcos, Jesús y José Luis Garay, Jesús Gutiérrez Velarde, Francisco Javier Igea López-Vázquez, Manuel Eugenio Isidro Tejedor, Eduardo Jiménez Nieto, Fernando de Lara, Pablo López Nava, Rafael Lozano Guillén, Joaquín Luaces y Saavedra, Gerardo Nevares Iraola, Javier Ortiz Aboín, Francisco Porrás-Isla, Pedro Antonio Quijano González-Camino, Federico Sanz Tomé, y otros.

Algunas obras menores se llevaron a cabo en este curso. La escalera de acceso al dormitorio de los mayores se continuó hasta el último piso. Hay que notar que la existente hasta este momento, amplia, de escalones de piedra artificial, fue hecha durante la época de la disolución de la Compañía a cuenta del Ministerio de Instrucción Pública para dar fácil acceso a las escuelas de niñas situadas en el piso primero. Ahora el Padre rector prolongó con las mismas características esta escalera hasta el piso segundo, desapareciendo la antigua escalera de caracol.

Una nueva ola de jóvenes maestrillos trajo al colegio auras de renovación y originalidad. El maestrillo Antonio Rivero dio un gran impulso al movimiento misional con la creación de la juventud Española Misionera (J. E. M.). Mencionemos a los maestrillos Joaquín López de Prado y José Miguel del Corral,

que crearon entre los alumnos de 2.º curso un nuevo ideal educativo con la creación de la asociación denominada «Nuevos Jóvenes». Su fin era cooperar a la formación integral de los colegiales para que el día de mañana fueran útiles a sí mismos, a la iglesia y a la patria. Se trataba de formar la responsabilidad en la libertad, utilizando las motivaciones morales y religiosas. «Nuevos Jóvenes» desembocaría en el cauce de la Cruzada Eucarística».

El curso 1946-1947 el Colegio contó con 690 alumno. Fue prefecto del Colegio el Padre Francisco Rodríguez Prieto. Terminaron este año el bachillerato: Ángel Álvarez Bolado, Jaime Bardají, José Ramón Barrie, Eufasio Bengoechea, Víctor Casado, José Luis Caso de los Cobos, Ramiro Ciancas, Arturo Corpas, José Julio Fora Becedóniz, Antonio García Tuñón, José Enrique Jiménez Nieto, Juan Antonio Lázaro, Antonio Ledo, Pelayo Martínez Regidor, Ricardo Merino, Jesús Ródenas, Alfonso Sánchez-Orús, y otros. La proclamación de dignidades se tuvo el 7 de diciembre de 1946; en ella se representó en el salón de actos «La vida es sueño», preparada por los Padres José María Poggío y Luis Fernández:

También en los deportes se despertó un nuevo entusiasmo. El baloncesto acaparó todas las simpatías. El Colegio contaba este año con un excelente equipo que competía de igual a igual con equipos de otros Centros, incluidos los universitarios. Lo formaban los alumnos Moñita, Ortega, Álvarez Bolado, Lobón, Fora, Ciancas y Gredilla. Despertaban gran entusiasmo los partidos de Liga que se celebraban los domingos por la mañana en el patio de las columnas donde había levantado las primeras sólidas instalaciones para este deporte el Hermano Ricardo Merino.

Durante el curso 1946-1947 se gestó el proyecto de ampliar el edificio del Colegio con la construcción de un nuevo pabellón a lo largo de la calle Maldonado, donde estaba desde siempre instalada una larga batería de servicios higiénicos que terminaba en unas grandes puertas traseras, llamadas «la puerta de los carros», y que proseguía con el brazo menor del cobertizo haciendo ángulo recto con el todavía hoy subsistente.

El nuevo edificio planeado por el antiguo alumno y arquitecto don Manuel López Fernández, tendría 90 metros de longitud y tres plantas que se destinarían, las dos inferiores, para aulas y la superior para habitaciones individuales para los alumnos de 7.º

La estrechez económica de aquellos tiempos se advierte en la construcción del edificio que padece una excesiva limitación de espacio sobre todo en el pasillo o tránsito. Las puertas que se instalaron en un principio para dar entrada a las nuevas aulas procedían de derribos y se compraron por indicación del Padre Antonio Fernández Cid, rector de Cristo Rey, y de otras personas.

No vio ultimado el Padre Desiderio Sánchez el nuevo pabellón. Faltaba disponer el piso superior y parte del lado más occidental cuando cesó en el rectorado. Sería su sucesor quien tendría que terminar el nuevo edificio.

En el verano de 1947 se demolieron por el esfuerzo del Hermano Ricardo Merino y sus colaboradores los dos chalets de criados y preparatorias, antiguas casas de Cabeza de Vaca y de Carraffa, dando lugar este solar a una gran ampliación del patio. Las clases de Preparatorias se trasladaron a ciertas aulas del patio de las columnas.

RECTORADO DEL P. PABLO PARDO: 1947-1949

El 30 de septiembre de 1947 fue nombrado rector del Colegio de San José el Padre Pablo Pardo, doctor en Ciencias Químicas, que había sido rector por varios años del Colegio del Apóstol Santiago, en Vigo, y antes vicerrector de la sección del mismo que estuvo instalada en La Guardia (Pontevedra).

Comenzó este año su cargo de prefecto de Disciplina el Padre Valentín García. Fueron espirituales de los alumnos los Padres Mariano Moral de los mayores y José Sánchez Cobaleda y Miguel Martín de los pequeños.

El número total de alumnos en este año fue de 651. Entre los que terminaron su bachillerato este curso mencionemos a Juan José Alonso Villalobos, Severiano Arroyo Zurro, José Antonio Barrilaro, Domingo Berriatúa, José Antonio Bravo, Luis Felipe Cuadrado, Julio Escauriaza Areilza, Salvador Escribano Pinilla, Eduardo Fernández de Araoz, Jesús Santiago Fernández Gómez, Venancio Herrera, José Santiago Lobón, José Loste, Alfonso Ortiz Aboín, Jesús Pascual Zuazagoitia, Jesús Rodríguez Ferrero, Fernando Sáenz de Miera, Antonio Sáez de Tejada, Víctor Valdés, y otros.

Recibió el Padre Pardo sin terminar el nuevo edificio. Se había terminado una mitad que se destinó a

salones de estudio, aulas y salas de juegos para los alumnos de 2º y 3º curso. Al empezar el curso se estaban instalando los hornos de aire caliente. En la otra mitad del edificio, más atrasada, comenzaba a instalarse el tejado. En la parte del jardín correspondiente a la antigua iglesia de San Juan se hizo una instalación de servicios sanitarios. Se montó una peluquería nueva con estufa esterilizadora, sillones americanos, etc. Se hizo un dormitorio corrido con lavabos y duchas, y teléfono en la mesa de los inspectores.

La llegada del Padre Pardo al rectorado inició una etapa de mayor atención al nivel de estudios y la consiguiente selección del alumnado en virtud de las notas obtenidas a finales de curso. Desde el 17 de octubre de 1947 los alumnos de 7º se quedaban a estudiar sin inspector una hora después de cenar.

El espíritu misional seguía alentado por la juventud Española Misionera (J. E. M.), que dirigía el Padre Antonio Rivero. Por tres años seguidos el Colegio logró la mayor recaudación para el Domund. Por ello se le concedió el Corbatín de Honor a la bandera de la J. E. M. en un acto solemne. En la clausura del curso misional con asistencia del señor arzobispo disertó brillantemente el Padre Eusebio Rey sobre los tres saberes de Max Scheller: saber de dominio, saber de cultura y saber de salvación, con el título: Hacia una conciencia misional en los estudiantes. Las actividades extraescolares tenían que ser encauzadas en las organizaciones juveniles únicas permitidas entonces. Por ello funcionaban en el Colegio dos centurias de Falanges juveniles de Franco, llamadas «Migo de Loyola» y «Duque de Gandía», que hicieron excursiones y concentraciones, como la de Lasarte (Guipúzcoa), que llevó de capellán al Padre Winsco Roel, y realizaban campamentos veraniegos como el de San Salvador de Cantamuga, al norte de la provincia de Palencia, que tuvo por capellán al Padre Mariano Moral, y el de Somo (Santander) acompañado del Padre Miguel Martín.

Los Congregantes de San Estanislao dirigidos por los Padres Eladio Gontán y Juan Antonio Schweitzer visitaban el barrio de «Pajarillos» y se ponían en contacto con la miseria de algunas de aquellas pobres familias. La proclamación de dignidades se celebró en el Teatro Calderón, dentro de un marco teatral en el que se representaron «Escenas del Quijote», dirigida por el Padre Luis Fernández, con decoraciones traídas de Madrid y caracterización de los personajes por maquilladores de CIFESA. Asistieron todas las autoridades eclesiásticas, civiles y

militares. Fue la primera vez que estos actos se celebraban en el Teatro Calderón.

Al finalizar el curso se tuvo la distribución final de premios con un acto al aire libre en el patio de las columnas. Actuó la Orquesta Sinfónica Municipal. Destacó el alumno José Fernández de Castro, que consiguió el primer premio en todas las asignaturas. Fue llamado a la presidencia y ocupó un lugar en ella entre el gobernador civil, don Juan Alonso Villalobos y el rector, Padre Pablo Pardo. En los exámenes de Estado el Colegio presentó 45 alumnos de los que obtuvieron el pase 39.

Algunas otras obras de menor cuantía se llevaron a cabo durante este primer año del rectorado del Padre Pablo Pardo. En julio de 1948 se ultimaban las habitaciones individuales para los alumnos de 7º en el piso alto del nuevo pabellón. La obra se difería por la dificultad de adquirir plomo para las cañerías. Junto a la cocina se instaló una cámara frigorífica de 2 X 2 metros, montada en el pasillo que comunicaba la cocina con la escalera de servicio del refectorio de la Comunidad. En el anterrefectorio se puso un armario refrigerador para el agua.

Otras novedades realizadas en el edificio del Colegio durante este año son: las habitaciones que ocupaban los alumnos en el piso alto mirando a Intendencia desaparecieron dejando un dormitorio corrido. En el pabellón de las Artes, el piso intermedio estaba dedicado a dormitorio de alumnos pequeños. Desapareció ese dormitorio y se levantaron en su lugar diez cuartos para huéspedes. El Hermano Alejandro Mata, profesor de Dibujo, quitó los cuatro ventanales de luz cenital en la clase de Dibujo que no hacían falta, dejando el cielo raso. Se hizo una comunicación directa entre el patio de las columnas y el patio exterior grande en la clase que estaba junto a la escalera del dormitorio de los mayores, pasadizo que ocupó todo un arco. El antiguo pasadizo que eventualmente sirvió en las fiestas rectorales de «toril» para las «chotas» con ocasión de la corrida de toros se cerró y se proyectaron en él duchas y vestuarios para deportistas. En el frontón cubierto se construyó una batería nueva de W. C. Se proyectaron otras obras que no llegaron a realizarse, como la prolongación del cobertizo hasta empalmar con la tapia que da a la calle del Cardenal Mendoza.

Aquí hemos de cerrar el ciclo de años históricos del Colegio. En 16 de julio de 1948, por una nueva división de Provincias Jesuíticas, Valladolid se desgajó de la provincia de León y entró a formar

parte de la nueva Provincia llamada de Castilla Occidental, que abarcaba también Vizcaya y Álava. El Padre Pablo Pardo siguió todavía un año después de la división como rector del Colegio, pero los cambios de personal comenzaron ya este año volviendo tras treinta años los jesuitas vascos a trabajar en Valladolid.

A partir de 1948 hasta nuestros días la vida del Colegio no puede, por su proximidad, recibir el nombre de historia sino el de actualidad. Son los últimos 30 años aproximadamente en los que el Colegio al compás de los acontecimientos de todo orden: Concilio Vaticano II, Congregaciones Generales de la Compañía de Jesús XXXI y XXXII, cambio político, explosión económica y demográfica de Valladolid, grandes cambios sociales... ha debido irse acomodando a los nuevos tiempos. Pero el esquema de todas estas transformaciones llenará el siguiente y último capítulo de este trabajo.